

HERRERA

# de la configuración de un liderazgo

El 22 de julio de 1873 nació en Montevideo quien sería el organizador y movilizador del Partido Nacional uruguayo y de la gran lucha política replegadora. Fueron sus padres el doctor Juan José de Herrera y doña Manuela Dávila Lafont. El primer apellido viene del presidente Berro y cerebro diplomático de la demorada resistencia oriental ante la avanzada intramontaña brasileña, recibió Herrera el mandato de recuperación y de revancha. Fue fiel a él, indeclinablemente. Pero —y éste es ya trazo decisivo de su figura— se desvanecieron de los magnánimos y los perceptivos tiene —tuvo en él— características muy especiales. Dignos —se expandió en ves de ser excluyente, incorpora e integra en ves de perseguir y proscribir, concede y reconoce en ves de fulminar, acoge amigos y enemigos en el ancho regazo de la comunidad y los convierte de su erizada calidad primera en meros adversarios.

Esta actitud de proximidad suya por los entendimientos y acuerdos a veces más inesperados —y en nada rendida, digase, con su fuerte casto de luchador— ya permitiera inferir que con la consistencia, la integridad de nuestra "patris chica" su más firme cuidado, Soterrada u intencionalmente tema de la vitalidad material del país, la impecabilidad del consenso colectivo que lo afirmara como proyecto unitario hacia el futuro, los políticos, en suma, siempre se entrelazó con su posición de combatiente partidario y con las metas de más corto

aliento del juego político. El angosto horizonte, así del afán cotidiano y las grandes perspectivas de la vida y de la historia, se redujeron a su persona ni afectaron la riqueza así el interés que en dos dimensiones tan distintas ostentaba su personalidad.

Si como pensador del destino nacional se la considera, parecería ya urgente sostener que su verdadera fertilidad está en dar pie al rozamiento del problema en otros términos: los de hoy, en suscitar la reflexión analógica sobre cuáles serían sus posturas en un contexto bastante distinto al suyo. Pues es evidente que su planteo es fiel expresión de las condiciones —también de los polígonos— en que el Uruguay vivió esa etapa privilegiada, relativamente corta y probablemente irrepetible de sus posibilidades de autonomía. Dignamos: entre 1880 y 1940, anterior, por tanto, a las filosofías económico-sociales del desarrollo nacional que imponen en calidad de supuesto indiscutido la condición de un crecimiento industrial de base como habitante indescribable de cualquier posible mundo de los polígonos —y crecimiento. Previo también, por supuesto, a las exigencias de la revolución científico-tecnológica posterior a 1945 que sólo es requerimiento de materiales en una comunidad independiente en un umbral casi inalcanzable ya no para las pequeñas naciones —como el Uruguay de entonces— sino incluso a todas las menos grandes.

Tal vez haya sido buena la coquedad y la



hoquedad de estos cien años suyos para hacer amañar las brisas del Eolo oratorio a un día minuto sopido, para dejar inclinados en su seducción a su grave fríaschencia, los múltiples cuestionos que su vida, su obra y su tiempo ausician en esta hora dolorosa de autoexamen.

## configuración de un liderazgo

SIEMPRE el fenómeno de un liderazgo político de masas obliga a pensar la realidad simplista mayormente mecánica, con que se ha hecho hoy casi un dogma la deducción de los políticos a lo social y lo económico.

La "libido dominante" la busca del poder sobre los hombres es una fuerza específica de mando llamada autoridad no cancela, por supuesto, la determinación que simboliza la implantación del individuo en el grupo o la clase social; no silencia el efecto de los factores sociales de esa implantación y de su sustento económico. Pero siempre, de algún modo, la ganancia o la pérdida de determinaciones, siempre hace menos estrechos esos intereses, menos exclusiva su atracción. En muchos casos, todavía, y son los del auténtico líder, esa pasión del poder puede convertirse en una alternativa bofetada y novedosa por el profundo impulso de imposición individual: tan retributiva, sustantiva como las determinaciones de la fortuna o la gratificación del prestigio, todo el destino del individuo susceptible de juzgarse por ella y por ella.

Agreguemos que el esto ocurre en el caso del poder político cuando las metas impersonales que con él pueden alcanzarse, esta fuerza se acrecienta y regula cuando el poder político la vía hacia el más alto "estadio" económico, como ocurre en las grandes naciones capitalistas de África. O un título al usufructo de bienes cuya propiedad estática es el menor valor de las metas que las sociedades socialistas. O un complemento sabroso y harto sustancial que la función política también encuentra camino hacia la riqueza privada; como pesa en el caso de los menos avanzados en los llamados sistemas políticos pluralistas.

La trayectoria pública de Herrera, el Partido Nacional, el bofetado que apasionante riqueza de atibos para ceñir el problema y ejemplificar esta función de poder político. Pero parece que apenas nos acercamos a ella, dos evidencias muy diferentes se nos presentan. Una es la de un conservadurismo. Casi todas sus actitudes en materia económica y social corrientes en los primeros tramos que se le matice es indogable y nadie en un época, en que tan mal se comprendían otros factores de su pensamiento y actitud, nadie, repetimos, se equivocó en este punto. La otra evidencia es la que con Basile tal

vez con Rivera, restando hacia el pasado la categoría que Herrera al principio de su discurso "populista" de nuestra historia.

¿Por qué vino se dio, se tendió una línea que inextinguible, tan estrecha?

Como hemos dicho que no hemos sido los primeros en recapitular un estilo de comunicación política y una ración de personal que en el desarrollo de acción sobre las multitudes de su partido, sanpequeño, el más numeroso de su tiempo, actividades, incesante, memoria asombrosa de gente y episodio, multitudinarios que se han ido girando "lingüísticos más apropiados a sus varios tipos de público: todo esto y mucho más estuvo en su registro, más perceptibles resultaron de que pudieran ser en otros ambientes si se los coteja con el más reciente, bien solemne, arcaico, un si no es envarado, de los doctores de su partido. Por esto frente a ellos, más que difícil ganar el carácter de líder popular y oponer su modalidad de identificación con las multitudes de sus iguales y rivales intrapartidarios. Como de más dudoso es el carácter de un individuo a la recelosa distancia que la clase media trata de guardar ante el "común pueblo", tanto también como el desdén tradicional de nuestros letrados por el "pajualto" analfabeto, todo este lote de hostilidades a las que Herrera recurrió, no es diferente a lo que con término probablemente más exacto se ha llamado como la "fuerza democrática" de nuestros caudillos. También Herrera posó, como otros, sus aspiraciones, su ambición, en lo que se llama "demofilia", ese reflejo del dirigente político "populista", en que el jefe de las multitudes que se afianza, haneza, seguridad de maneras y hondo conocimiento de la vía que se le abre, como la facilidad para parecerse a las gentes que lo entorpecen no importaba en casi ningún momento.

En Herrera una identificación cabal entre el líder y sus masas; no sólo en el momento de su elección, sino en la vida fuera toda otra cosa, en comportamiento y lenguaje, que el que pareció ser el caso de nuestro mundo caudillesco, también lo es, más llanamente, de todos los vociferantes "populistas" que en el Uruguay como las ocasiones políticas... que producen las altas clases rurales. Esto, sobre todo, en el caso de él, que en el que con Basile tal

los lazos de dependencia y reverencia tradicionales, un medio en el que se agrada casi como una excentricidad "fide al pueblo" de quienes no pertenecían a él.

Todo esto tiene evidente referencia con lo que Herrera en su momento calificativo de su postura que no sólo muestra sino que sólo coloca otros hubiera rechazado. Y sería explicable que así lo hubiera hecho si se reflexiona que el "populista" como actitud de correspondencia y aun de concesión hacia los sectores sociales más humildes, que él mismo fue —aunque exista quien ha creído lo contrario— una autodestrucción. Es, a lo que se refiere, un "populista" que con lleva un ánimo crítico y hasta hostil: "populista" es aquel que siente algo que le impide que los más débiles pero no es de los suyos, quien los halaga y alivia —a los vees, sólo a los vees— pero no alienta, no sustancial, sus condiciones de vida.

En el caso de Herrera, sin embargo, puede afirmarse que por tanto el populista tiene que ver, en parte, con la situación de clase del personaje y, en parte, con el sistema, con las exigencias de su función.

En lo que tiene que ver con la primera, Hésclo le ha llamado "desertor del ambiente en que se había creado"; quien esto escribe, en anterior momento, lo calificó de "caudillesco"; no también, en el mismo sentido, parcialmente desclasados de su condición que se asecan a "la plebe" y son capaces de hacerse sus intrínsecos.

En este punto hay que recordar la vida de este hombre y su familia: cuyos bienes —entre ellos la famosa estancia "Las Polas", se perdieron en la crisis de la caída de la revolución del quebracho (1886), en los primeros arduos años de la juventud, cuando él era un niño como guero dieciséis del departamento de San José (el bien no usara uniforme). Más tarde, en 1894, a los vees, en los vees, presentó, junto a Carlos Roxo y Julián Quintana, un paquete de ideas que, en un momento que la mayoría colorada entró así mucha ceremonia y fue sustituyendo después por el "populista" que era los del tercerlo planteos muy radicales —al ségura para su época—, no fueron reprobados por el grupo de sus propios autores, pero son algo. Y sobre todo, y a aquella altura (perteneciendo a los políticos "populistas" de Chile, Colombia, México, etc.), no exhibió la postura habitual de una personalidad que se levanta años adelante, y a través de su matrimonio,

se adscribió Herrera al más alto nivel de la fortuna agropecuaria y parecería que tras ello nunca estuvo tentado a salir de sus contornos. Parecería que a cierta altura de su vida no valaba nada al afirmar: "No pertenecemos a ningún consorcio electoral, no tenemos acciones en ninguna sociedad anónima ni bancaria; no frecuentamos ninguna legación; nunca nos hemos otorgado, como es, al mercantilismo de los poderosos." Si se atiende a la negación que falta: era notoria su hincapié con el más poderoso clan agropecuario del país, no es difícil una especie de generalización. Como el llamado "socialismo toro" del segundo tercio del siglo pasado, obraron en Herrera muchos de los reflejos de la propiedad agraria tradicional y su hostilidad al mundo comercial, la actividad industrial sobre todo al último. Había también en él la misma aptitud que tuvo ese "socialismo toro" para convocar contra el "burguesismo" de la intervención del pleoclasmo —a los sectores dependientes del campo y nutrir de ese modo, con su apoyo, un gran séquito político.

Todo esto hasta cierta altura de su vida; dignos hasta pasados sus sesenta años. Tras ellos, durante los dos decadas, este hombre de hábitos señorialmente frugales, este político que reparte su tiempo entre el teje-maneje partidario y una oposición de demofilia, el mundo de la febril lectura y composición histórica y una juvenil disponibilidad afectiva sufre, entonces, un proceso que no es excesivo calificar de "desclasamiento". Determinantes sociológicas, pasión por el poder, algunas ansias intervencionistas, política, abrieron su perspectiva social hasta una desusada anchura. Repetimos: de dos años como se demuestran en el "bogotazo" de 1948. Aunque siempre escasamente atento a los fenómenos sociológicos de la sociedad, siempre vertido —a lo de Gaulle— sobre las realidades de la fuerza nacional y del sistema internacional, hubo en este hombre ya viejo un fenómeno, muy difícil de explicar en términos racionales, de hincapié en la masa, en esa multitud nunca abandonada (...) en cuya matriz nos hallamos. Expresiones tuvo entonces como ésta, en las que aun descontento de la dosis incommensable de retórica, parece toda esa especie de amenguamiento crítico de toda su personalidad. En ese balzudo de un culto férreo de los valores de la historia y ancianos, sobre todo envuelto, entró en la muerte y en la "herencia" política, política, victoriosa, secretamente derrotada.